

¿A qué le apuestan los homosexuales en Medellín?

LUIS ALBERTO MOGOLLÓN GIL

A pesar de haber sido los primeros en intentar los inicios de una organización propia en Colombia, los homosexuales de Medellín no quieren dar una lucha en lo político porque lo consideran inconveniente. Su trabajo político consiste en ganarse los espacios con la fuerza de la presencia. No reclaman el derecho a instalar y abrir un bar, una taberna, una discoteca o un sauna para homosexuales: simplemente lo abren. No discuten si tienen derechos propios. El derecho a la dignidad y al respeto lo han conseguido sin escándalos.

La comunidad homosexual en Medellín funciona como una suma de islas, pero no con el carácter ni la organización del archipiélago. Carece de unidad, pero se reúne en torno a sí misma. Carece de representación, de imaginario colectivo, y cree que su ser no le permite ir más allá, hasta desembocar en lo público. A pesar de saberla suya, aún no tiene conquistada esta esfera en términos políticos y su comportamiento es lo más cercano a la colectividad privada, al gueto, a la capilla, y al círculo de lo que se le asemeja.

Esta comunidad no se abre, es cada vez más cerrada, menos política y no tiene una perspectiva cercana hacia esa dimensión. Es más, carece, entre otras cosas, de una comunicación política que la enlace, que la meta en el tronco de la sociedad, de la comunidad, de su propia representación social. Tampoco le interesa. No es lo suyo.

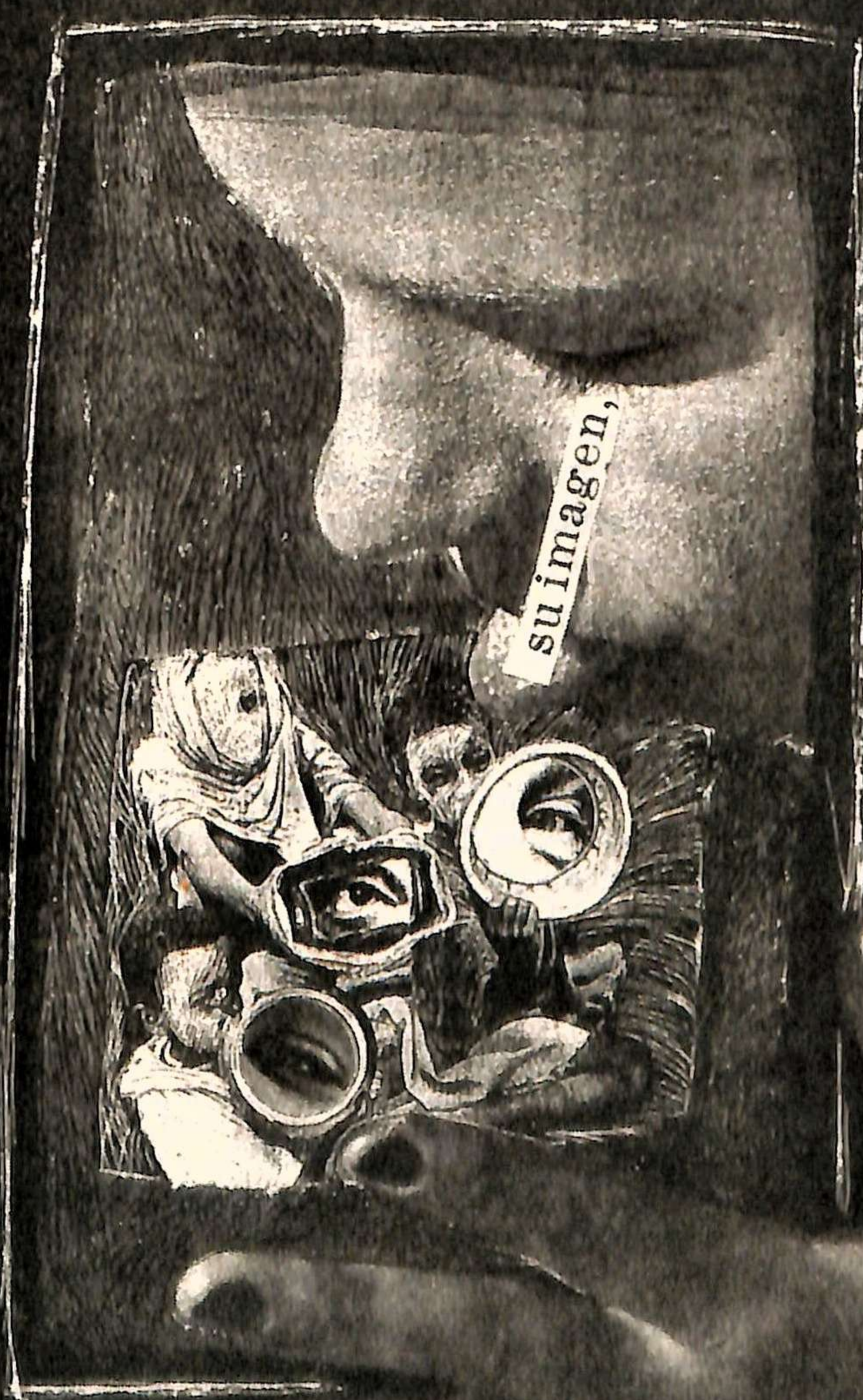
Su búsqueda no es la de esa inserción, sino la de su propia salvación frente a otras amenazas. Los riesgos que previene o combate no son los de la soledad que le acompaña frecuentemente, y obliga a sus miembros a rodearse entre sí. Se protegen de otras especies riesgosas y de otras causas. El SIDA, por ejemplo, es una de esas amenazas, contra ella luchan; pero también los une. El SIDA integra, solidariza, hace cuerpo.

Esta comunidad procura desarrollar un trabajo institucional, a través de organizaciones o corporaciones, para hacer frente a las amenazas de las epidemias, pero no hay tarea política, de colectivo en sus acciones.

En lo individual, con decisión, sus miembros enfrentan la discriminación y el rechazo. Toleran la diferencia, a "El Otro", como decía León Zuleta en sus tiempos de líder de la comunidad gay, en la década de los años setenta, pero no trabajan la dimensión de lo público en un contexto de reivindicaciones sociales, de lucha por sus derechos. Trabajan lo político en su propia esfera y contexto, casi en privado, sin considerar que la falta de representación, que la ausencia de proyectos o de programas, iniciativas o metas públicas sean formas de exclusión social, sino, por el contrario, su mayor fortaleza.

El propósito no es levantar polvera (léase polvareda) como hacen en otras latitudes, pues aseguran que el intento de despertar conciencia social, mostrarse, reclamar, como ocurre en otras comunidades del mundo, denunciar atropellos, hacer debates fuertes, marchar por calles y avenidas, celebrar el día del "Orgullo Gay" sería contraproducente para los logros conseguidos hasta ahora y les significaría perder los espacios conseguidos sin esas luchas filosóficas o políticas. No

atareada en contemplar



en el espejo.

consideran necesaria la algarabía de otras comunidades. Su trabajo es silencioso, pero también licencioso, continuo, decidido, paciente e inteligente.

Según eso, crear un grupo homosexual, un colectivo, iniciar batallas innecesarias, sería propiciar —en su criterio— la creación de un "contragrupo", una reacción, un grupo reaccionario, generar violencia, verbal o física, pero más violencia. La sociedad antioqueña, machista, ancestral, que no admite debilidades, amaneramientos, ni femineidad en sus hombres, hoy tolera —aunque no comparte— la homosexualidad, mientras no se apropien de los espacios de la gente "normal", mientras no invadan sus esferas, ni escandalicen o pretendan cambiar la dirección de la comunidad.

Los homosexuales de Medellín, a pesar de haber sido los primeros en intentar la creación de una organización homosexual (según Ebel Botero, en "Homofobia y Homofilia"), no dan una lucha en lo político porque lo consideran inconveniente. Su trabajo político consiste en ganarse los espacios con la fuerza de la presencia y de la persistencia. No reclaman el derecho a instalar y abrir un bar, una taberna, una discoteca o un sauna para homosexuales, simplemente lo abren. No discuten si los homosexuales tienen derechos propios, simplemente asumen que esa lucha es innecesaria, pues sólo la darían por el respeto a los mismos derechos de cualquier persona: intimidad, privacidad, a la vida, al trabajo, la salud, y todos los consagrados en la Constitución y las leyes. El derecho a la dignidad humana se ha conseguido progresivamente, sin escándalos, con reconocimiento.

En Medellín, con una población homosexual que se considera a sí misma elevada, numerosa —pero sin estadísticas confiables ni estimativos cercanos—, y de todas las condiciones sociales, no existe la representación pública, la fuerza de la conquista, la expresión de su existencia como colectivo, pero predomina el sentido de la norma, se respeta la norma, se normatizan las relaciones, las actividades y se cumplen los preceptos, el juego de lo social.

Pero también ellos imponen sus normas. Impiden la transgresión y expresan el rechazo cuando se violentan esos acuerdos que definen sus propios espacios, sus propios conceptos, y su estilo de vida. La falta de una interacción política con la comunidad no impide que se establezca un reconocimiento, que se propongan esquemas de tolerancia y entendimiento, y que la convivencia sea mayor, adecuada, humana y socialmente estable. No hay comunicación política porque sus expresiones y su vida se desarrolla en la esfera de lo público pero no como podría y debería ocurrir como colectivo, como organismo. Pero es que tampoco hay organismo, no hay organización, y no existe el colectivo simbólico, sino individualidades que se expresan en privado, aunque con suficiente representación (homosexuales que trabajan) en todas los estamentos y esferas públicas y privadas.

Les preocupa el destino de sus similares aún sabiendo que su responsabilidad, como comunidad, no va más allá de lo puramente racional, es decir de la existencia simbólica. No se trata de lo posible que busca hacerse efectivo, práctico, real, manifiesto, sino que es así real, tangible, efectivo. Alguien necesita ayuda, soporte, cariño, compañía, solidaridad, orientación, asesoría de toda

clase, y la consigue, la tiene. Pero nada más. No es la conciencia de rebaño. Es la astucia del rebaño la que funciona.

Esa preocupación es por lo individual, no por lo colectivo; es por lo físico, sexual y emocional, no por lo social, lo político; es una preocupación por el bienestar, el placer, y la diversión de cada quien, pero no por la comunicación con el entorno, no por la fundamentación de un lenguaje común al colectivo social en el que desarrollan su vida.

El mundo homosexual, el ambiente, ya no es el laberinto subterráneo y semioculto donde los cuerpos, masculinos y femeninos, claro, se exhiben en un sin fin de poses bien estudiadas. No, ahora es más abierto ese mundo. Todo está controlado: los gestos, los movimientos, las palabras, sus prendas de vestir, esa expresión suya, y la vida misma. El escenario les pertenece, se lo apropian, lo abren a los demás, pero también lo hacen respetar. Se trata de una forma de ajustarse a los cánones de comportamiento y a la normalidad propios de la vida gay, que no por distintos son menos rígidos que los del mundo heterosexual.

La mayoría desarrolla una vida doble: dos vidas, ambas privadas, ambas marcadas por el encierro personal. Es la vida que les obliga a llevar la concepción de su propia naturaleza: vivir la dimensión individual, la elección sexual y/o afectiva en casa, con unos parámetros y una definición privada, y la interacción social con la prudencia vecina del miedo, la mentira y la hipocresía. Ambas están normatizadas, pero no comunicadas. En algunos casos las normas chocan, aunque intenten aproximarse a través del concepto de tolerancia.

En lo público, viven su dimensión humana y social con

unas normas, en unos escenarios en los que el juego, la lúdica, la interacción afectiva con su pareja no está permitida, no se ha legitimado aún, pero tampoco les ha sido reivindicada porque no existe un propósito que les permita alcanzar esas reivindicaciones, esas ganancias.

Expresan su otra vida, la vida homosexual, con unas condiciones, unas reglas y en unos contextos propios, en los que no desean ser violentados, señalados, enjuiciados cuyas normas también se deben cumplir, las deben cumplir los otros, los heterosexuales que penetren esos espacios.

PUNTOS DE ENCUENTRO

Los organismos que trabajan en programas de prevención del VIH-SIDA, en el Valle de Aburrá han detectado que en el solo municipio de Medellín existen más de setenta sitios de encuentro de homosexuales, especialmente para varones. Hay de todo tipo: para la recreación, el esparcimiento, la diversión, la rumba de cada día o de cada fin de semana, y los encuentros amorosos, sexuales, genitales. Son moteles, tabernas, discotecas, teatros, saunas, baños turcos, gimnasios que ofrecen todos los servicios, incluidos los contactos, los espacios y el personal para personas solas, en parejas o grupos. Hay sitios que prestan servicios masajes relajantes, deportivos, eróticos, con personal masculino para homosexuales hombres y hasta chicas para las damas lesbianas. Se ofrecen videos, preservativos, orientación, prevención de ETS (Enfermedades de Transmisión Sexual). Hasta uno de los cerros más tradicionales y conocidos de Medellín se ha convertido en uno de sus espacios.

En ello fundamentan la diferencia con otros momentos, contextos y problemas. Qué diría

León Zuleta si le hubiera tocado vivir en esta época de apertura social, intelectual, moral y afectiva de los homosexuales en Medellín, a diferencia del período en el cual desarrolló su lucha y sus planteamientos, preguntó un entrevistado. Y se contestó a sí mismo: seguramente reclamaría para él algunas reivindicaciones como, por ejemplo, el sólo hecho de haber dado la cara, haber escrito sobre el tema, haber reflexionado para beneficio de la gente gay. Pero también lo habrían convencido de que la batalla hoy se da de manera muy distinta.

Según la gente gay, es necesario entender entonces que las vivencias son diferentes, las conquistas son diferentes, la legalidad (jurídica) en Colombia ha tenido sus variaciones substanciales que benefician a todos por igual y que propician cambios importantes en la mentalidad de las personas, de las comunidades, y favorecen el desarrollo moral, personal, individual y social de los nacionales.

Sin embargo, procuran no caer en la trampa de la tolerancia gratuita que pretenden imponer algunos mercaderes de la vida social: crear espacios de diversión mixtos, es decir en los que puedan interactuar con los heterosexuales. Eso significaría, para los primeros, los gay, dar la posibilidad de que se les identifique, reconozca, señale y enjuicie en los sitios públicos, en los entornos de la cotidianidad, como a seres diferentes, perversos, anormales. Sería permitir que se les discrimine y maltrate. Es un juego en el que no participan porque sería perder sin apostar. Por eso le juegan a la política práctica, la de hacer, vivir y convivir en sus propios espacios, avanzar, en su propios logros, imponerse en todo aquello que emprendan y abrirse sin presiones, pero impidiendo

las presiones externas. Es el juego al que apuestan en la política, es su forma de hacer política.

Algunas discotecas muy modernas de Medellín, cuyos propietarios son homosexuales, o están metidos en el negocio porque lo conocen y reconocen como de gran rentabilidad, abrieron sus puertas para permitir el acceso a parejas o individuos no homosexuales. En algunos casos se trataba de personas bisexuales o decididamente heterosexuales que asistían a estos sitios singulares. Los homosexuales que frecuentaban esos espacios se consideraron violentados, señalados y empezaron a abandonarlos provocando el alejamiento de la clientela y las consecuente reducción de ingresos para sus propietarios.

Alguien asegura que la mayoría de los heterosexuales, e inclusive algunos homosexuales homofóbicos ingresan a esos sitios con el pretexto de divertirse y terminan dedicados al reconocimiento y posterior señalamiento de las personas que los frecuentan. Esta es considerada por la gente homosexual como una forma de agresión, de violencia, de vulneración a sus derechos a la privacidad y el libre desarrollo de la personalidad. Advierten que se han dado pasos importantes, se han ganado espacios destacados pero todavía hay mucho camino por recorrer, pues, según afirman, el problema no está en la comunidad homosexual sino en la comunidad toda, en la sociedad entera.

Los mismos organismos que relacionamos como activos en la prevención de enfermedades de transmisión sexual han observado cambios en el manejo del lenguaje, para referirse a esta comunidad. En la mayoría de los casos no se habla ya de homosexuales, sino de hombres

que tienen (mantienen o sostienen) relaciones con otros hombres. Hacen precisiones lingüísticas, conceptuales y metodológicas para efectos de comprensión de la naturaleza afectiva de las personas y para diferenciar entre relaciones esporádicas, relaciones permanentes y opciones sexuales definidas y estables.

Es otro juego: el de las apariencias; el juego de la necesidad afectiva diferente y el de la poca capacidad de algunas personas para asumir su sexualidad diferente por razones de diversa índole: familiar, social, laboral, académica, económica, política, religiosa, y hasta ideológica. En este campo, y para este juego "no están todos los que son, ni son todos los que están", afirman con frecuencia. Son muchos los que practican la homosexualidad esporádicamente, por conveniencia, dinero, placer, interés particular, pero que no lo reconocen abiertamente, ni siquiera en privado. Pero lo disfrutan y siguen considerándose heterosexuales, siguen manejando el "macho" que llevan, que necesitan llevar y hacer relucir.

BATALLAS Y CONQUISTAS

En Medellín no hay grandes problemas, por eso no hay grandes batallas, ni trabajos políticos, dicen algunos homosexuales. Para ellos es indiferente que Islandia haya aprobado el matrimonio homosexual y se haya convertido en el cuarto país europeo en legalizar estas uniones, después de Dinamarca (1989), Noruega (1993) y Suecia (1995). Les importa saber, por ejemplo, que el estado de Hawai se haya convertido en el primero de los Estados Unidos en legalizar el matrimonio entre homosexuales, que haya establecido un mojón

en la historia de ese país y en la historia de la lucha contra la discriminación de los gays. Para los homosexuales es más importante que la Corte Constitucional, en una sentencia del siete de marzo de 1996, que consideran de importancia capital para su desarrollo individual, haya reconocido, por primera vez el derecho de los homosexuales a la libre opción sexual como garantía fundamental. Celebran que los magistrados hayan considerado que "la conducta y el comportamiento homosexuales tienen el carácter de manifestaciones, inclinaciones, orientaciones y opciones válidas y legítimas de las personas (...), que "la sexualidad corresponde a una decisión íntima" y "aunque la mayoría condene socialmente el comportamiento homosexual, la Ley no puede prohibirlo".

En esa misma sentencia, la Corte Constitucional aclaró que esta situación, sin embargo, se permite "siempre y cuando lo hagan en condiciones que no afecten los estándares mínimos y generales de la decencia pública". La máxima corporación judicial determina, pues, que las actuaciones públicas (políticas) de los homosexuales deben estar supeditadas a la decencia, respaldadas por ese principio, por ese valor.

Según esa dirección, las batallas de los homosexuales en Medellín, como el resto del país se vieron fortalecidas a partir de la vigencia de la Constitución del 91, y en particular por la creación de la figura de la Tutela, que les ha permitido —en forma individual— reclamar el respeto a sus derechos, e impedir que les fueran vulnerados aquellos que estaban amenazados. Son trabajos, luchas, individuales con gran incidencia pública, política, sin necesidad de crear o pertenecer a los colectivos.

Mediante publicaciones sencillas, originadas en Santafé

de Bogotá, producen una cadena de informaciones sobre asuntos de interés común, como la salud, los aspectos legales, los clasificados de profesionales y actividades que les permitan mantenerse actualizados y orientados en caso de necesidad. Se divulgan las Redes de Información y Trabajo (RIT), las comunidades terapéuticas, el Grupo de Apoyo a la Diversidad de Orientación Sexual, GADOS, de la Universidad de los Andes (inclusive tiene comunicación interactiva en Internet), el Grupo de Apoyo y Estudio de la Diversidad y Orientación Sexual, integrado por personas de la Universidad Nacional, grupos de oración, celebraciones eucarísticas, cooperativas, apoyo a casas de personas con sida...

En INFO G&L se destaca, por ejemplo, una tutela interpuesta por un hombre gay para lograr que la familia de su compañero, con SIDA, se lo entregara para continuar al cuidado de su enfermedad. La tutela fue negada en virtud de que el ISS estaba atendiendo el caso de salud, y además porque la Tutela no es el mecanismo más apropiado para "preservar la perdurabilidad de un romance, por admirable que parezca". También se ofrece información sobre la tutela ganada por un empleado de una aerolínea que fue despedido luego de que el mismo afectado revelara el resultado positivo de su examen de VIH. El Tribunal falló en su favor.

Así las cosas, en Medellín las informaciones no se producen de manera colectiva y autónoma, como ocurre en Bogotá. En Antioquia se publican revistas para homosexuales pero más de contenido erótico, con fotografías de muy baja calidad. Lo que podrían llamarse colectivos homosexuales en Medellín están integrados en torno a trabajos de autoapoyo para las madres de los muchachos gay, para inculcarles

la aceptación y la valoración de sus hijos, hacerles observar la importancia de su apoyo y su admiración hacia ellos.

Sobre esto, alguien advirtió que en esta ciudad las cosas se ganan de hecho, la gente no le marcha a los trabajos políticos, las convocatorias son más para la prevención en la salud, para la diversión, las rumbas y el placer.

En la lucha contra el SIDA, por ejemplo, apenas se están dando pasos para la creación de una federación fuerte que trabaje unificada, con propósitos y metas comunes, porque en este momento las acciones están muy segmentadas. Las unidades intermedias de salud trataron de crear clubes o especies de grupos de diagnóstico para la gente gay, pero no funcionaron porque la gente no le marcha a los grupos.

La comunidad gay en Medellín se precia de tener un nivel de estima muy alto, pretende ser reconocida como lo ha sido la ciudad de Los Ángeles, Estados

Unidos, en el comportamiento, tratamiento y tolerancia e integración de sus homosexuales con la sociedad. Pero a los homosexuales no les gusta empezar de cero. Ya han recorrido un camino y no pretenden ser atacados, acibillados, asesinados en cualquier calle por el hecho de intentar una organización mayor a la espontánea que ya tienen.

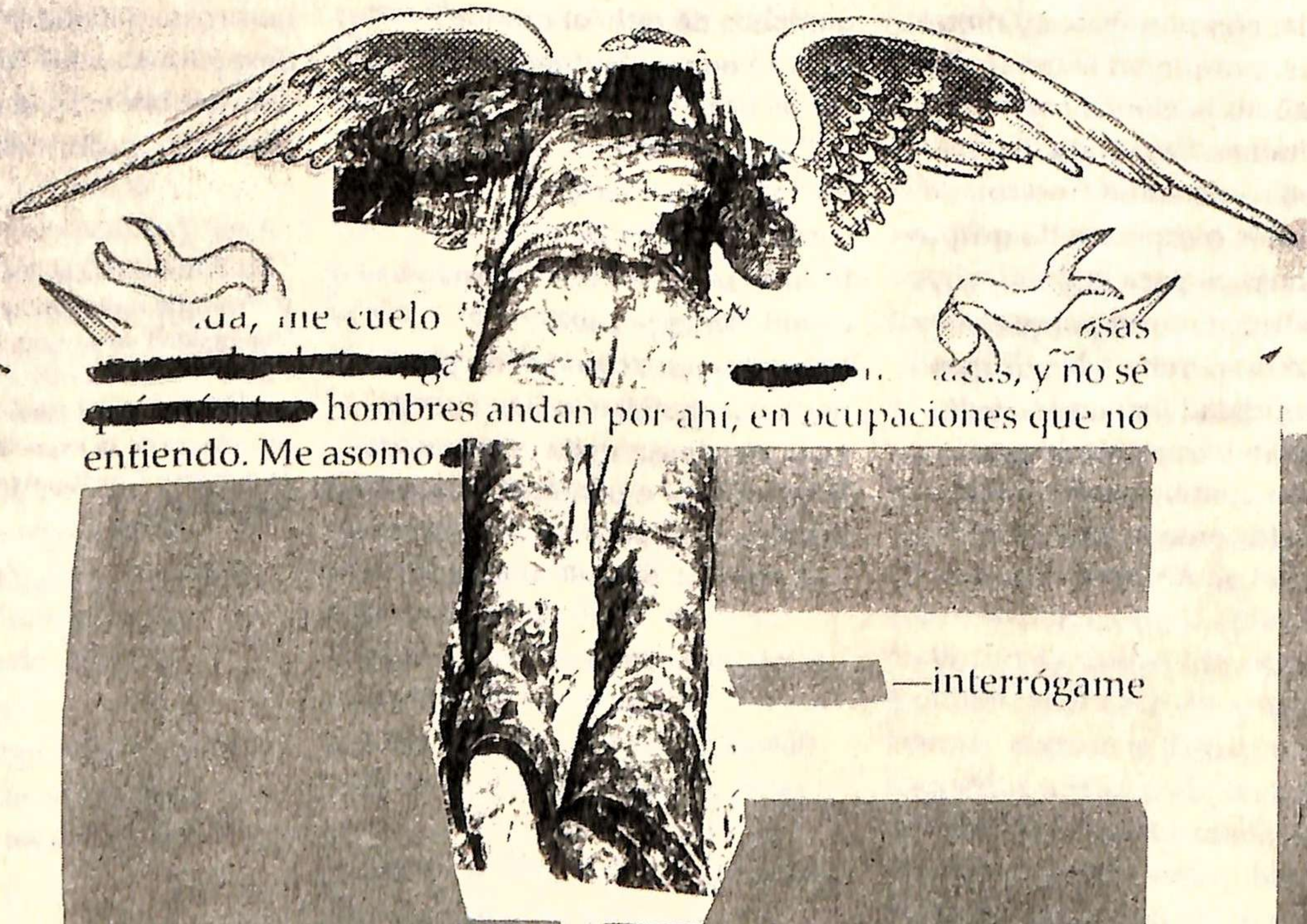
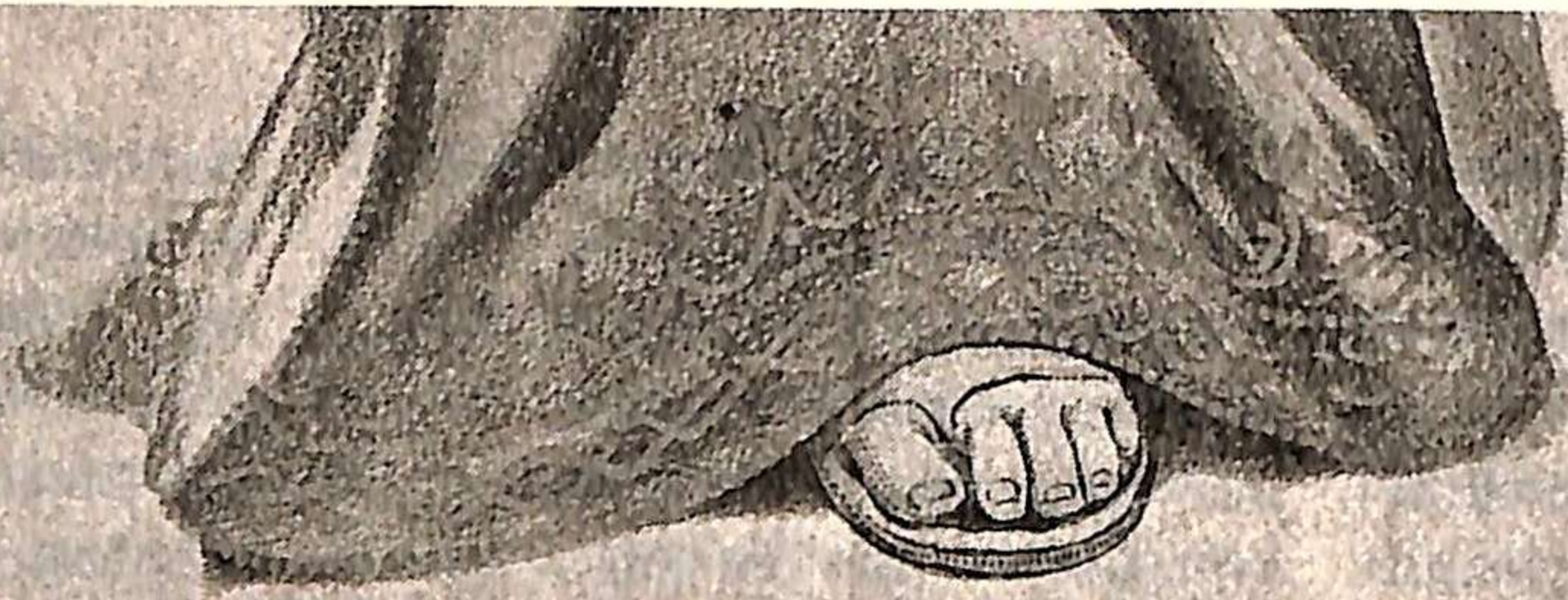
"Para qué nos vamos a unir, a reivindicar qué derechos si los nuestros son los mismos derechos de todo el mundo", insistió en su planteamiento uno de los homosexuales consultados.

"Para algunos la solución está en vivir como pareja homosexual, como simple loca sola, en un mundo heterosexual, cuando ese mundo se lo permite, naturalmente, como si no pasara nada. En realidad lo que sucede es que no pasa nada, o casi nada. Homosexual o heterosexual, el hombre macho se encuentra con una enorme dificultad para

prescindir de su rol de hombre competitivo y de afectividad reprimida o inexistente en sus relaciones con los demás hombres. En el ambiente homosexual la tensión sexual latente se libera. Por lo demás, la salida habrá de seguir buscándola. Pero tal vez la consecución de unas relaciones libres y desinhibidas entre los hombres machos, no sean posibles mientras no desaparezcan las barreras que separan homosexualidad de heterosexualidad y mientras no desaparezcan los roles sociales del hombre y de la mujer"

(Ramón Linatza). ♣

LUIS ALBERTO MOGOLLON GIL es profesor de radioperiodismo en la Universidad de Antioquia y periodista de los servicios informativos de la cadena radial Caracol, en Medellín. También es estudiante de la Especialización en Periodismo Investigativo de la misma Universidad.



...ua, me cielo

...osas

... y no sé
... hombres andan por ahí, en ocupaciones que no
entiendo. Me asomo

—interrógame

... Interrogo. ...